

EL NOCTURNO DE LA INCINERACIÓN

Frente a frente, esta noche, nos hemos despedido de todas nuestras cartas de amor. No fué al olvido, no fué al agua piadosa del símbolo pagano que hube de echarlas... Nunca me tembló más la mano; pero estrujé las cartas y como Brummell luego, vencedor de mí mismo, supe echarlas al fuego.

En la mesa en que un día rompí la mano mía con golpe que en el alma me duele todavía, porque desesperado no sé por ti qué haría, dentro del repujado metal de un tarjetero inquisitorialmente se improvisó un brasero. Y las cartas escritas Dios sabe cómo y cuándo, de contener un solo pensamiento nefando, por la virtud del fuego, se iban purificando...

Tú, ante mí, en pie, clavándole una intensa mirada, avivar parecías la propia llamarada en que las cartas fueron, al fin, leves despojos... ¡Trípode y holocausto! Mi fantasía alada hubo de imaginarte sibila, vestal y hada... Tal las cartas ardían al calor de tus ojos.

Trajeada tú de luto, como adorno sencillo lucías una rosa bermeja en la cintura: un ascua de mi Infierno te prestaba su brillo alumbrando de rojo tu negra vestidura...

Tus pupilas a veces chocaban con las mías. El corazón, entonces, me saltaba al Infierno de metal repujado, donde en sus agonías chispas eran las cartas; y murmurar me oías: —¡Oh, si este fuego amado llegase a ser eterno!

Lenguas de fuego azules fueron las postrimeras; y por ellas lamida, me imaginé que tú eras la Laura que en la gloria su firme huella marca en el cual cera blando corazón del Petrarca. Y al extinguirse el fuego, blanco fué el humo leve; y en él Beatriz me impuso su pureza de nieve... Beatriz, Laura... Imposibles amores de Poetas!

Y del humo en las largas espirales inquietas, me ví yo, vueltas dando, pasar contigo solo, como en el beso absurdo de Francesca y Paolo! (Pienso que nuestras almas se han fundido en un beso, proyectando en los siglos una sola figura; y nuestra unión parece tan perfecta, por eso, que sólo Dios podría notar la soldadura...)

En el instante último y más que todos triste, en carta por el suelo de reparar hubiste; y al inclinarte para cogerla presurosa, cual si Dios lo quisiera, se te cayó la rosa...

—Déjamela en recuerdo...—te supliqué en voz baja. Después... la Noche Eterna me envolvió en su mortaja. Te alejaste. ¿Hacia dónde? Sé que no es al olvido. Vas a casarte... ¡En vano! Para mí no te has ido.

Y es así cómo el fuego de la rosa bermeja que en el suelo caía tu recuerdo me deja, me está el alma quemando para toda la vida cual si fuese la brasa de tu boca encendida.

EL NOCTURNO DE LA BELLA DURMIENTE

Esta noche he pasado por tu casa. Entreabierta la ventana, te he visto de pronto en el diván de la sala... En tus ojos ha vibrado un alerta; y como adivinándome, has sentido un afán.

Al lado de tu madre, departías con unas muy amables visitas sobre un precario tema: ¿cierta malicia acaso te diría importunas palabras con motivo de mi último poema?...

En tu actitud había como el pulcro cuidado de quien tal vez pretende disimular su estado de alma con un esfuerzo que urde, al fin, un disfraz... Reparé en que, rizado como nunca, el peinado prestábale carácter romántico a tu faz.

Me hiciste impresión de una figura cortesana, que—retrasada un siglo—quédase en el salón, a descansar acaso de bailar la pavana o a suspirar por muchas cosas que ya no son...

Se te alarga el vestido; se te infla un miriñaque; y te corona linda peineta de carey... (¿Tiempo es de que mi verso del encanto te saque, para que te desposes con el Hijo del Rey?)

En la calle suspenso, quédome ensimismado viendo, de tu ventana por entre la vidriera, cuadro plástico que hace revivir el pasado en un mágico grupo de figuras de cera. Oigo que en la consola del salón encantado runrunea la antigua paloma de un reló: y no llego a enterarme de la hora que ha dado; pero se me figura que estoy soñando yo...

Un clavicordio suena... Se agita una melena... Abanicos de nácar se mecen a compás... Hay un hervor de encájes en la noche serena del luto en que, hace un siglo, como sumida estás... Reanúdase el tresillo, que en la mesa enconchada cuatro viejos señores juegan en un rincón... Agil tu madre cruza contigo una mirada: suspiras tú; y te llevas la mano al corazón...

Pienso yo en que un Pirata llegó a tu tierra un día, pienso yo en que enrolado vine en la expedición, pienso yo en que raptarte quise y hacerte mía; pero, súbito, hirviente volcán hizo erupción. ¿Muerto fuí yo? ¡Quién sabe!... Pienso en que de repente quedaste, por cien años, suspensa en tu emoción. (¿No será ésta la historia de otra Bella Durmiente, que va abriendo hoy los ojos al oír mi canción?...)

Viéndote yo esta noche, por entre la vidriera de tu ventana, siento como un golpe de mar que, en la piratería de mi alma aventurera, parece que te hiciera de pronto despertar. Despierta tu palabra, despierta tu latido y despierta el ambiente risueño de tu hogar, mientras que voy yo, en cambio, quedándome dormido cual si hubiese nacido sólo para soñar...

San José de Costa Rica, 1923.